

Heme aquí ahora en una larga sala dividida en pequeños compartimientos llenos de alfombras, vasos de cobre toscamente vaciados y torneados, pupitres de madera con incrustaciones de nácar, cofrecillos, cajas y cajetines de fabricación semejante, todas abigarradas, pastillas del serrallo, alfarerías de colores crudos y pesadas formas, chucherías insignificantes, joyas de filigrana, y todo *el artículo París* del Cairo. Esta es la sección egipcia, puro y simple bazar que costea la calle del Cairo, y en un todo semejante al mercado marroquí, á los *souks* tunecinos, á las tiendas argelinas, y á todos los bazares descritos ya en esta *Revista*. Por doquiera los ecos de la áspera y desagradable música de los cafés cantantes, donde se ejecuta el paso de los sables, desgarran el tímpano; por doquiera los mercaderes de largo ropaje os interpelan y acosan con la misma expresión plañidera y ademán obsequioso. Pero ese Oriente africano nos parece muy inferior cuando se le compara con el asiático; en el primero todo es brutal y carece de tonos, mientras que en Asia todo es armonioso y matizado. Cuando se acaba de visitar la exposición japonesa, donde predominan los colores gris y azul con sus delicados tintes, el suave morado y el rojo intenso, se ha de ser injusto con las violencias africanas.

Por fortuna llego á la Sección persa, una de las más pequeñas del Campo de Marte por la superficie (375 metros cuadrados), pero llena de encanto por su *asiatismo*. He visto en el pabellón de Obras públicas una reconstrucción en pequeño del palacio de Artajerjes, adornado exteriormente con el friso de los leones, y por dentro con el de los arqueros, que se hallan en el Museo del Louvre reproducidos en miniatura; y pude admirar hasta qué punto esa Persia tan decaída ha conservado en su decadencia el sentimiento de la cerámica ornamental. También he visto una magnífica chimenea de loza con tableros sobrecargados de adornos, y muchos vasos con ricos esmaltes, azules ó verdes, salpicados de rojo, algunos de los cuales son antiguos, y otros modernos. Esto es lo que, á mi modo de ver, da el tono más exquisito de esa exposición. Lo demás se reduce á soberbias alfombras, hermosos chales, armas blancas, sables y cuchillos, y productos del suelo: cereales, opio, muestras de vino de Chiraz, contenido en botellas de formas abultadas y singulares. Dos ó tres pequeños lienzos, de un arte tradicional que procede sin duda de la India, nos representan señores arrodillados ante el soberano, cubierto de piedras preciosas y semejante á un ídolo. El mahometismo ha podido conquistar la mitad del Asia, mas no ha suprimido en ninguna parte el hieratismo de las instituciones y de las costumbres.

Al retirarme del Campo de Marte me detengo para comprar tabaco en una especie de construcción de ángulos redondeados, llena de inscripciones turcas en caracteres de oro, de techo bajo, y circuída de un alero plano que parece una visera blanca: es el estanco otomano, y á esto se reduce toda la participación de Turquía en nuestra Exposición. Vende cigarrillos....

FRANCISCO D'HERVY



II

EL PABELLON CHINO

Los que han podido admirar las Exposiciones de 1867 y 1878 se preguntan cómo el imperio chino, sin sufrir ninguna transformación política ni administrativa, se ve reducido á tener su representación en tan limitado espacio. Esto consiste en que el gobierno no ha podido, desgraciadamente, tomar parte esta vez en la Exposición universal de 1889, porque todos sus créditos se emplearon en remediar la miseria ocasionada por el desbordamiento del río Amarillo.

A pesar de esto, el gabinete chino dió órdenes para que se estimulase á los comerciantes é industriales que quisieran tomar parte en la Exposición actual, y con este objeto concedióse la franquicia de derechos para todos los objetos de exportación destinados á figurar en el Campo de Marte.

A pesar de estas facilidades, las casas chinas vacilaban; unas esperaban el ejemplo de las otras, y por último nadie se movía. El representante de la China en París, por su parte, no recibiendo pedido alguno, no creyó deber comprometerse para que se reservara el terreno que la Dirección general había tenido á bien conceder á los expositores del Celeste Imperio.

Tal era el estado de cosas, cuando algunos ricos negociantes de Cantón, estimulados por el éxito y las recompensas que habían obtenido en la Exposición de Barcelona, dirigieron á la Legación de China en París en demanda del sitio necesario.

Ya era demasiado tarde, pues todo estaba tomado, pero gracias á la influencia de unos y otros, obtúvose un terreno de trescientos metros, situado en la Avenida de Suffren, frente á la Sección griega.



Letrado anamita

Ya se tenía lo esencial; pero hacer venir de la China los materiales y el personal necesarios para la construcción de un edificio no era posible: faltos de tiempo, mis compatriotas solicitaron el servicio de un arquitecto francés, que con muy buen gusto é inteligencia del color local erigió un pabellón de madera, el cual se completó con esculturas y otros adornos de la China.

La Sección china cuenta con quince expositores, de los cuales cuatro solamente figuran en el catálogo; de estos últimos, dos son los negociantes de Cantón de que antes hablé, y que ocupan las cinco séptimas partes del pabellón; los demás son comerciantes chinos establecidos en París.

Conocido el local, vamos á franquear la puerta.

El golpe de vista es bastante curioso: por lo pronto se ve una acumulación confusa de telas, muebles, marfiles, bambués y chucherías de todas formas y colores; mas éste aparente desorden no era para muchos una molestia, sino todo lo contrario, pues al gusto de ver se une el de buscar y descubrir algo personal.

Todos saben que los artículos principales del comercio chino son la seda, el te, la porcelana y los muebles esculpidos: estos cuatro elementos se hallan perfectamente representados y añadamos de paso que los objetos artísticos muy antiguos, no destinados á la venta, y que excitaron tanta admiración en 1878, no abundan esta vez. Sin embargo, aunque la fabricación sea más reciente, los artículos expuestos no han perdido nada en cuanto á la elección de las materias primeras, á la inspiración de los artistas y á la habilidad de los ejecutantes.

Lo más notable en esta exposición es sin disputa el bordado chino.

Sabido es cómo nuestros compatriotas ejecutan esos delicados trabajos; qué paciencia y habilidad exigen esos cuadros bordados, finos como pinturas, y cuyo valor artístico no cede en nada á las admirables tapicerías de los Gobelinos.

Inspirándose tan sólo en la naturaleza, esos coloristas de instinto trazan en la seda las formas fugitivas; y con una riqueza y una variedad incomparables de colores, tan pronto brillantes, como luminosos ó delicados, jamás faltan á la armonía general de los tonos, que es la primera condición de belleza de esa clase de trabajos.

Tal es el lado característico de nuestro arte: si no alcanza bajo ciertos puntos de vista la perfección ideal que distingue á las obras maestras de la pintura europea, por lo menos conserva la ventaja de no descender hasta el arte industrial. Nuestro obrero no se cristaliza en la eterna repetición de una maniobra mecánica, siempre la misma, tan fatal para la inteligencia del productor como para la belleza del producto; que perfecciona los detalles mecánicos á expensas de la cualidad artística, y mata así la personalidad.

Los bordados, sobre todo, son los que mejor revelan las concepciones originales del artista. Examínese, por ejemplo, un gran tablero de siete metros de longitud, que ha exigido diez y ocho meses de un trabajo paciente y no interrumpido, y véase cómo se

manifiesta la idea del obrero, en toda su libertad. Se puede seguir poco á poco el desarrollo de un plan claramente concebido en su conjunto, y modificado en los detalles al correr la aguja.

He dicho que todos nuestros productos se distinguen por el sello de la personalidad, y nadie puede ponerlo en duda al examinar los objetos esculpidos, bastante numerosos, en madera de hierro y otras. ¡Cómo ha sabido el artista explorar con sus útiles esas mil sinuosidades de la materia primera, tan dura y resistente! ¡Cómo ha sabido comunicar ligereza y flexibilidad á los innumerables repliegues que socavan la madera!

En cuanto al marfil, hay obras notables por su belleza. A menudo me preguntan cómo los chinos pueden hacer cosas que parecen á primera vista imposibles, por ejemplo esas esferas concéntricas encerradas unas en otras, que se tomaron todas en la misma pieza y están recortadas sin solución de continuidad. En vez de describir los marfiles expuestos, para lo cual debería extenderme demasiado, prefiero contestar á la pregunta revelando un secreto, conocido hace miles de años de los artistas chinos, y que tendrá un interés para la ciencia moderna. Creo no haber visto nunca la descripción del procedimiento de que se sirven mis compatriotas para reblandecer esa materia tan dura y difícil de esculpir.

Cuando el obrero ha examinado su marfil, resolviéndose sobre el uso á que le destina, introdúcele á viva fuerza en el tronco de una especie de palmera, donde le deja más ó menos tiempo; la savia del árbol obra en el colmillo del elefante, y cuando se retira, en el momento apetecido, el marfil está blanco como el papel y blando como la pasta, pudiéndose entonces trabajar fácilmente: sécase después poco á poco, y recobra su dureza primitiva. He aquí el secreto; pero debo añadir que el árbol no sobrevive á la herida que se le infiere, lo cual aumenta el valor de esa especie de marfiles.

Por lo que hace á la porcelana, poco tengo que decir, no porque falten piezas de muy buena ejecución, sino porque este artículo tiene su principal valor en su antigüedad; y cuanto se ha traído esta vez á París es de nuestros fabricantes modernos.

El te no podía faltar: se puede ver en todas partes, y este artículo de consumo universal es demasiado conocido para que me sea necesario hablar de él.

Creo forzoso hacer punto aquí, pues si hubiese de entrar en detalles sobre otros mil objetos, como el bambú, los instrumentos musicales, las cajas de laca, la tinta de China, los abanicos de diversas formas, las esencias... y qué sé yo cuántas cosas más, necesitaría un volumen y no un artículo.



Médico anamita